



1865
San José

Urquiza

Besa la mano de una mujer, es fama, y la deja embarazada. Colecciona hijos y tierras. Hijos tiene ciento cincuenta, sin contar a los dudosos, y leguas de campo quién sabe cuántas. Adora los espejos, las condecoraciones brasileñas, las porcelanas francesas y el tintineo de los patacones.

Justo José de Urquiza, viejo caudillo del litoral argentino, el hombre que hace años derrotó a Juan Manuel de Rosas, tiene sus dudas sobre la guerra del Paraguay. Las resuelve vendiendo treinta mil caballos de sus estancias al ejército brasileño, a precio excelente, y contratando el suministro de carne salada a los ejércitos aliados. Salvado de las dudas, manda fusilar a quien se niegue a matar paraguayos.

1866
Curupaytí

Mitre

Flotan en las aguas, a la deriva, astillas que fueron naves. La armada paraguaya ha muerto, pero la flota aliada no puede continuar invadiendo río arriba. La paran los cañones de Curupaytí y Humaitá, y entre ambas fortalezas una hilera de damajuanas, quizás minas, tendidas de costa a costa.
Al mando de Bartolomé Mitre, presidente argentino y generalísimo de la Triple Alianza, los soldados arremeten a bayoneta calada contra las murallas de Curupaytí. El clarín desata oleadas sucesivas de soldados al asalto. Pocos llegan al foso y ninguno a la empalizada. Los paraguayos practican el tiro al blanco contra un enemigo que persiste en mostrarse en campo abierto y a pleno día. A los bramidos de los cañones, retumbar de tambores, sigue el tableteo de la fusilería. La fortaleza paraguaya escupe lenguas de fuego; y cuando se desvanece el humo, lenta neblina, miles de muertos, cazados como conejos, aparecen revolcados en los pantanos. A prudente distancia, catalejo en mano, levita negra y chambergo, Bartolomé Mitre contempla los resultados de su genio militar.
Mintiendo con admirable sinceridad, él había prometido a las tropas invasoras que en tres meses llegarían a Asunción.



Noé observa: La imagen que acompaña corresponde al nº 12 del 20 de junio de 1867 del Periódico "Cabichuí" que publicaban los soldados paraguayos durante la guerra de la Triple Alianza y que ellos mismos ilustraban con xilografías. Esta es de Juan Velasco. Otra ilustración de esa publicación (del nº 1, 13 de mayo de 1867) parcialmente puede verse en la portada de este fascículo –sobre un fragmento del cuadro de Candido López "Después de la Batalla de Curupaytí"- es un retrato de la Triple Alianza con el nombre de sus tres protagonistas políticos: Flores, Mitre y Pedro II., siendo este el que arrea a los otros.



Candido López. Trincheras de Curupaytí. 1893. (Fragmento)

1866
Curupaytí

El pincel de la guerra

Cándido López, soldado de Mitre, pintará este desastre de Curupaytí y las anteriores batallas que ha peleado, y también la vida cotidiana de la guerra en los campamentos. Pintará con la mano izquierda, porque en Curupaytí una granada le ha volado la derecha.

Pintará sin imitar a nadie y nadie le imitará. Durante la semana venderá zapatos en una tienda de Buenos Aires y los domingos hará cuadros que dirán: *La guerra fue así.* La tonta mano izquierda se hará sabia, por amor a la memoria, pero ningún artista le prestará la menor atención, ni lo tomará en serio ningún crítico, ni habrá nadie interesado en comprar las recordaciones del soldado manco.

–*Yo soy un cronista del pincel.*

El solitario Cándido López pintará multitudes. No habrá en sus obras primeros planos de sables fulgurantes y caballos briosos, ni héroes en agonía pronunciando el discurso póstumo con una mano sobre el pecho sangrante, ni alegorías de la Gloria con las tetas al aire. A través de sus ojos de niño, desfilarán innumerables soldaditos de plomo y caballos de calesita jugando en ordenada formación el pavoroso juego de la guerra.

1867
Campos de Catamarca

Felipe Varela

Se sublevan los jinetes montoneros en cinco provincias argentinas. La tijera de esquilar, atada a la lanza, desafía al cañón de los regimientos de línea, buscando el cuerpo a cuerpo; y en la polvareda de los entreveros se vocifera: *¡Viva el Paraguay!*

Desde los Andes hasta los llanos, Felipe Varela viene alzando al paisanaje contra el puerto de Buenos Aires, usurpador de la Argentina y negador de América. El caudillo de Catamarca denuncia la bancarrota de la nación, empeñada en empréstitos millonarios para aniquilar a otra nación hermana. Sus montoneros llevan en la frente una divisa, *la unión americana,* y una vieja furia en el corazón: *Ser provinciano es ser mendigo sin patria.* Gaucho enjuto, puro pómulo y barba, nacido y crecido a lomo de caballo, Varela es la ronca voz del pobrerío empujado al muere. Atados con maneas acuden a los esteros paraguayos los *voluntarios* de las provincias, y los encierran en corrales, y les meten bala cuando se rebelan o desertan.



1867
Llanos de La Rioja

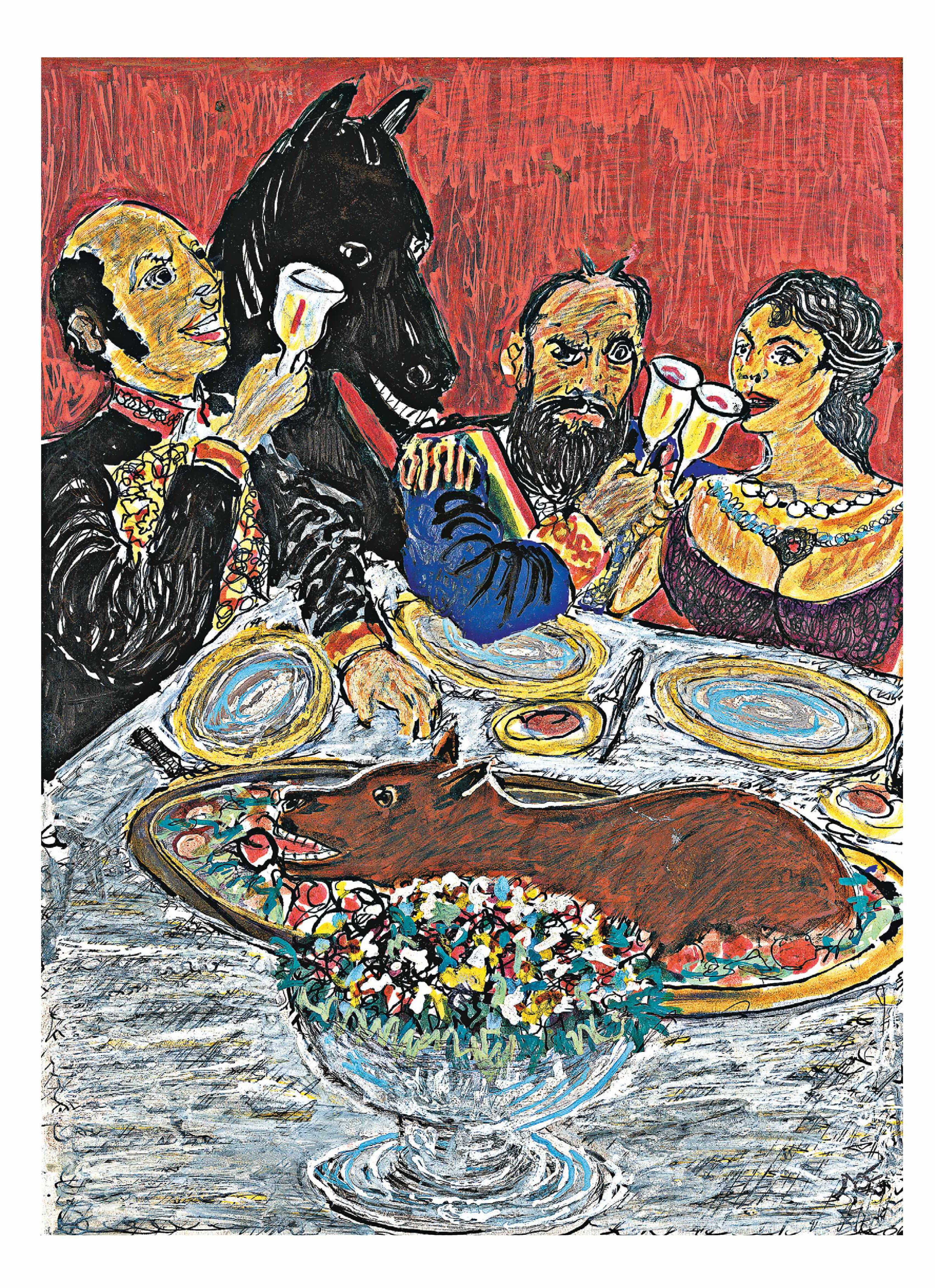
La tortura

El coronel Pablo Irrazábal toma declaración a los llaneros rebeldes de La Rioja. Les toma declaración, o sea: los clava al cepo, o los hace caminar con los pies desollados, o los degüella de a poquito con cuchillo sin filo.
El puerto de Buenos Aires emplea diversos instrumentos de persuasión contra las provincias alzadas. Uno de los más eficaces es el llamado *cepo colombiano.* Se arma el cepo doblando al preso y atándolo en arco con tientos húmedos entre dos fusiles, de tal manera que, al secarse los tientos, la espina dorsal cruje y se rompe en pedazos.

1867
La Paz

Sobre la Diplomacia, ciencia de las relaciones internacionales

Montado en Holofernes, su caballo de guerra y fiesta, el presidente Melgarejo llega a la catedral de La Paz. Sentado bajo palio, en sillón de terciopelo, escucha misa solemne. Luce uniforme de general del ejército de Chile y en su pecho relumbra el gran cordón de la Orden Imperial del Brasil.
Al cabo de tantos andares y matares, Melgarejo ha aprendido a no confiar ni en su propia camisa. Dicen que a veces se la arranca y la acribilla a balazos:
–El que manda manda, y el dedo en el gatillo.
Hay dos seres en el mundo, dos nomás, que el general de hierro no mira de reojo: el caballo Holofernes y la bella Juana Sánchez. El embajador de Chile alza la copa y brinda con Holofernes y a la salud de Holofernes, cuando el negro caballo se asoma a la mesa presidencial para beber cerveza entre ministros, obispos y generales. El embajador del Brasil cubre el cuerpo de Juana Sánchez con collares, diademas y brazaletes que la amante de Melgarejo jamás había visto ni delirado.
Acribillado el pecho de condecoraciones brasileñas, Melgarejo cede al Brasil sesenta y cinco mil kilómetros cuadrados de selva boliviana en la Amazonia. Convertido en general del ejército chileno, Melgarejo entrega a Chile la mitad del desierto costero de Atacama, riquísimo en salitre. Capitales chilenos y británicos están explotando allí el fertilizante más codiciado por las cansadas tierras de Europa. Con la amputación del desierto de Atacama, Bolivia empieza a perder su salida al mar.



Inscripciones en una roca del desierto de Atacama
Antonia, por ti me muero.
El que tú sabes.
EL JUEZ DE CHAÑARCILLO ESTA ROBANDO
Págame mis tres onzas, Ramón.
El Intendente es un bruto.
Don T.P. dice que no es mulato.

1867
Bogotá

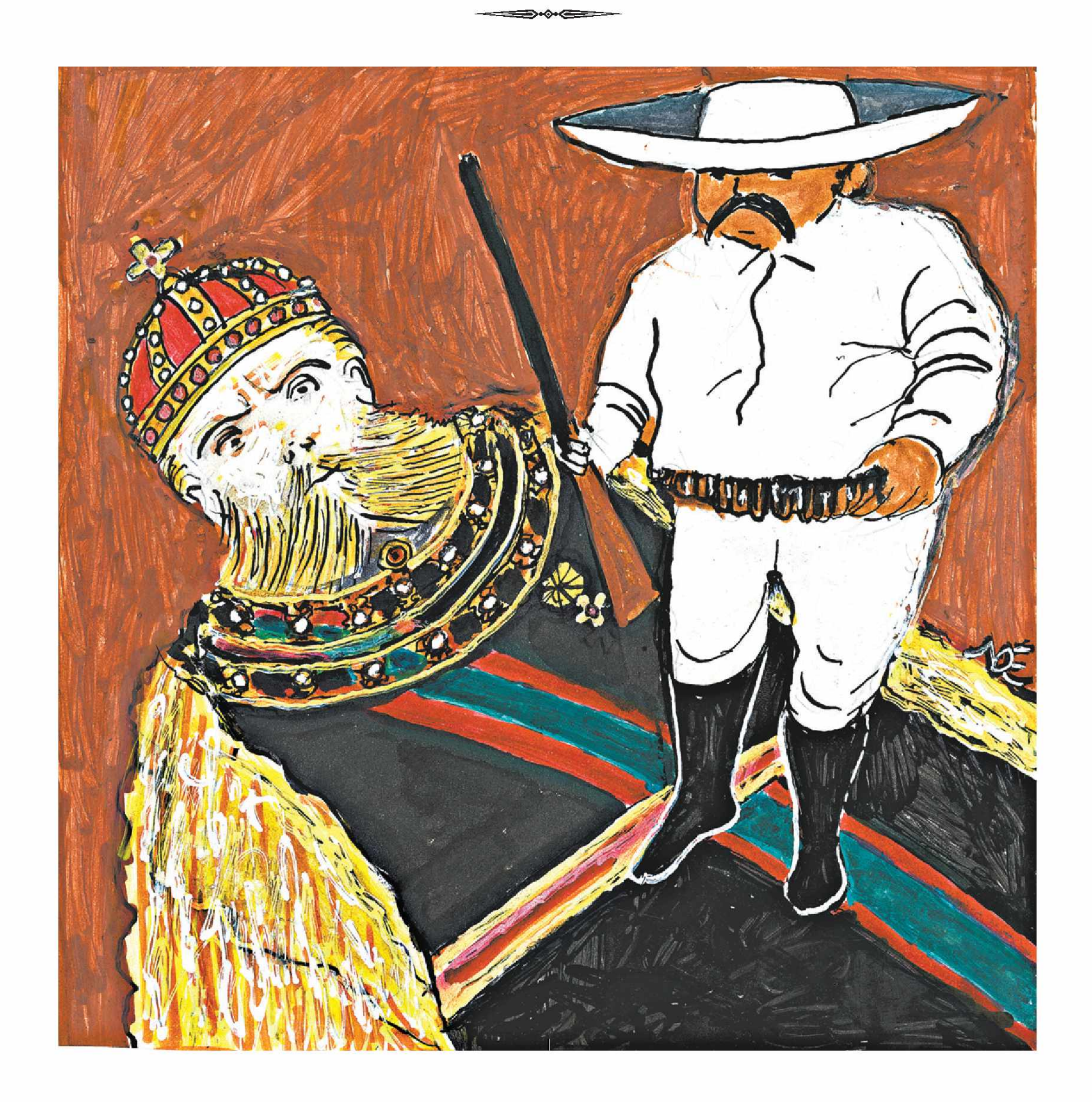
Se publica una novela llamada *María*

Las damas se balancean en las hamacas, bucles flameando tras los ebúrneos cuellos, mecidas por caballeros que visten como difuntos y tienen caras de pollos hervidos. Una caravana de negros, con cestas en las cabezas, pasa lejos y en silencio, como pidiendo disculpas por existir y molestar. En el jardín de la plantación, aroma de café, fragancia de gardenias, Jorge Isaacs moja su pluma en lágrimas.
Toda Colombia solloza. Efraín no ha llegado a tiempo. Mientras él surcaba la mar, su prima María, víctima de enfermedad hereditaria e incurable, exhalaba el último suspiro y ascendía virgen al Cielo. Ante el sepulcro, Efraín estruja contra el pecho su herencia de amor. María le ha dejado un pañuelo, por ella bordado y por ella mojado, unos pétalos de azucena tan iguales a ella y tan como ella marchitos, una sortija resbalada de la yerta mano que había sido airosa rosa de Castilla y un mechón de sus guedejas en el relicario que sus labios de lirio alcanzaron a besar mientras los helaba la muerte.

1867
Querétaro

Maximiliano

El ejército de Juárez y las mil guerrillas del pueblo mexicano corren a los franceses. Maximiliano, el emperador, se desploma en el barro gritando *que viva México.*
Al final, Napoleón III le había quitado el ejército, el papa lo odiaba y los conservadores le llamaban *Empeorador.* Napoleón le había ordenado administrar la nueva colonia francesa, pero Maximiliano no obedecía. El papa esperaba la devolución de sus bienes terrenales, y los conservadores creían que iba a exorcizar a México del demonio liberal, pero Maximiliano, en plena guerra contra Juárez, dictaba leyes iguales a las de Juárez.
Un carruaje negro llega a Querétaro bajo la lluvia. El presidente Juárez, el vencedor de los intrusos, se asoma al ataúd abierto y sin flores, donde yace el príncipe de lánguidos ojos azules que gustaba pasear por la alameda vestido de charro, con sombrerote y lentejuelas.



1867
París

Ser o copiar, éste es el problema

A la Exposición Universal de París llegan los óleos sobre tela que el Ecuador envía. Todos los cuadros son copias exactas de las obras más famosas de la pintura europea. El catálogo exalta a los artistas ecuatorianos, que *si no tienen gran valor de originalidad, tienen al menos el mérito de reproducir, con fidelidad notable, las obras maestras de la escuela italiana, española, francesa y flamenca.* Mientras tanto, otro arte florece en los mercados indios y en los suburbios populares del Ecuador. Es la despreciada tarea de manos capaces de transformar en hermosura el barro y la madera y la paja, la pluma de pájaro y la concha de mar y la miga de pan. Ese arte se llama, como pidiendo disculpas, artesanía. No lo hacen los académicos, sino las pobres gentes que comen corazones de pulga o tripas de mosquito.

Cantar del pobre en Ecuador

–¿Tienes hambre?
–Sí.
–Come calambre.
Mata un mosquito,
chupa la sangre
y guarda el mondongo
para fiambre.

1869
Ciudad de México

Juárez

En piedra de Oaxaca ha sido tallada la cara de este indio mexicano que venció al papa de Roma y al tercer Napoleón. Sin sonrisas ni palabras, siempre de frac y cuello alto, siempre de negro, Benito Juárez es una roca rodeada por un coro de doctores que giran a su alrededor discurseando y declamando y recitando, letrados ilustrados dotados de picos de oro y doradas plumas.

México tenía más sacerdotes que maestros y la Iglesia era dueña de la mitad de todo cuando Juárez llegó al poder y los liberales recetaron su pócima civilizadora al país enfermo de ignorancia y atraso. La terapia de la modernización exige paz y orden. Es preciso acabar con las guerras que matan más gente que el paludismo o la pulmonía, pero la peste de la guerra acosa a Juárez sin cuartel. Primero fue la guerra contra los frailes y los conservadores y después la guerra contra los invasores franceses; y desde entonces la guerra contra los caudillos militares, héroes que se niegan a jubilarse, y contra los indios que se niegan a perder la tierra de sus comunidades.

Los liberales mexicanos profesan ciega fe en el sufragio universal y en la libertad de expresión, aunque el sufragio sea privilegio de pocos y sean pocos los que se expresan. Creen en la salvación por la educación, aunque las escasas escuelas estén todas en las ciudades, porque los liberales se entienden mejor, al fin y al cabo, con las musas que con los indios. Mientras crecen los latifundios, ellos sueñan con emprendedores granjeros fecundando los eriales, y sueñan con rieles milagrosos, humo de locomotoras, humo de chimeneas, ideas y gentes y capitales que traerán el progreso desde Europa.

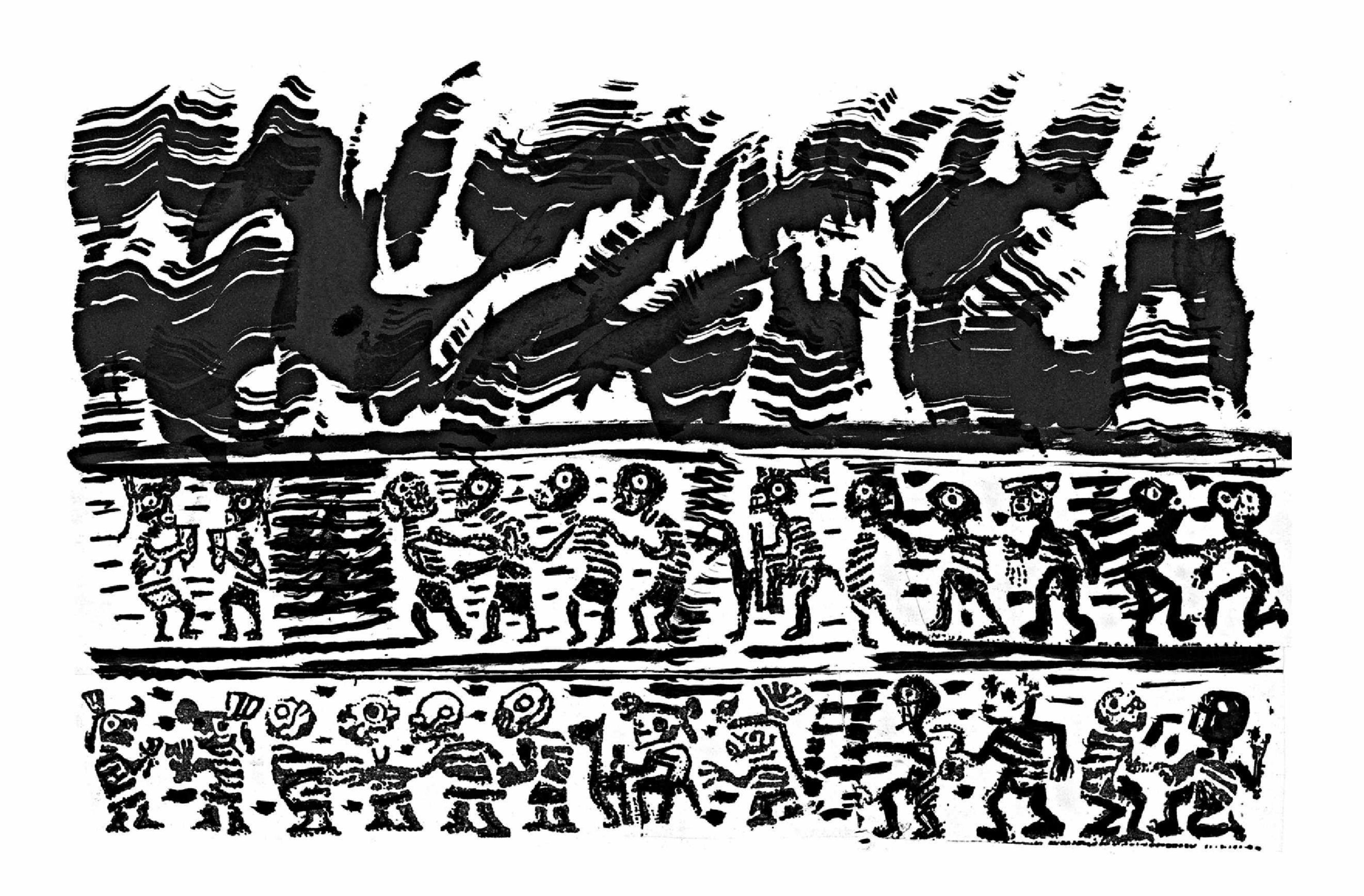
El propio Juárez, hijo de indios zapotecas, está convencido de que si México copia las leyes norteamericanas, crecerá como los Estados Unidos, y si consume productos ingleses se convertirá en una nación industriosa como Inglaterra. Importando ideas francesas, cree el vencedor de Francia, será México una nación ilustrada.

1869
San Cristóbal Las Casas

No están mudos la tierra ni el tiempo

Vibra la tierra de tanto que charlan los muertos debajo. La fosa parece plaza en día de mercado. Celebran novedades los mayas caídos en las viejas rebeliones de Chiapas. Aquí se ha peleado a lanza y hacha desde el lejano día en que el primer usurpador, hijo de mujer y perro, se abalanzó sobre las tierras de las comunidades. Hablan entre sí los muertos, diciendo alegrías, y a través del sueño felicitan a los vivos y les dicen verdades que el oído ignora.

Nuevamente se han alzado los indios de aquí. Los indios, esclavos por deudas, arrasan haciendas y queman cárceles y defienden las últimas tierras que tienen en comunidad y que en comunidad trabajan a pesar del gobierno de Juárez. Los dioses de la montaña celebran también. Ellos son los que desvían al ventarrón cuando trae enfermedad o codicia.





1869
Ciudad de México

Juárez y los indios

Por revoltoso, por bandido, por rabioso socialista, fue fusilado, hace un año, Julio López. A la cabeza de los indios de la región de Chalco, Julio López había jurado *guerra a los ricos* y se había alzado reclamando las tierras usurpadas.

A los indios prisioneros en Chalco les han puesto uniformes de soldados y los han obligado a pelear contra los indios alzados en Yucatán. Los *pacificados* de cada guerra se hacen *pacificadores* en la siguiente, rebeldes vencidos y forzados a matar rebeldes, y así el gobierno del presidente Juárez va enviando tropas contra los mayas de Yucatán y los mayas de Chiapas, los coras de Nayarit y los tarascos de Michoacán, los yaquis de Sonora y los apaches del norte.

Por recuperar las tierras de sus comunidades, los indios voltean las mojoneras de las haciendas: caen los primeros muertos y ya se vuelve el aire puro humo de pólvora. La Constitución de Juárez quiere convertir a los indios en pequeños propietarios y trabajadores libres. Las leyes de Juárez prohíben el cepo y los grillos, la esclavitud por deudas y los salarios de hambre. La realidad, mientras tanto, arranca a los indios las tierras que todavía poseían en común y los hace esclavos de latifundios o mendigos de ciudades.

Benito Juárez nació en la sierra, entre las rocas que se le parecen, a orillas del lago de Guelatao. Aprendió a nombrar el mundo en una de las cien lenguas indias de México. Después, al amparo de un hombre piadoso, se hizo doctor.

1869
Londres

Lafargue

Cuando Paul Lafargue se lanzó al asalto de Laura Marx, el fundador del socialismo científico estaba terminando de corregir el primer tomo de *El capital.* A Karl Marx no le cayeron nada bien las ardientes embestidas del cubano, y le exigió *maneras inglesas más tranquilas* para hacer la corte a su hija de ojos verdes. También le exigió garantías económicas. Expulsado de Alemania, Francia y Bélgica, Marx había pasado tiempos muy duros en Londres, mordido por las deudas, a veces sin un penique para comprar el diario, y las miserias del exilio le habían matado tres hijos.
Pero no pudo espantar a Lafargue. Siempre supo que no podría. Lafargue era muy joven cuando Marx y él empezaron a pelearse y a quererse. Y del mestizo cubano nace ahora el primer nieto de Marx, biznieto de una mulata de Haití y de una india de Jamaica.

1869
Acosta Ñú

Cae el Paraguay, aplastado bajo las patas de los caballos,

y caído pelea. Con campanas de iglesias se hacen los últimos cañones, que disparan piedras y arena, mientras embisten hacia el norte los ejércitos de la Triple Alianza. Los heridos se arrancan los vendajes, porque más vale morir desangrándose que servir al ejército enemigo o marchar a los cafetales brasileños con la marca de hierro de la esclavitud.
Ni los sepulcros se salvan del saqueo en Asunción. En Piribebuy, los invasores arrasan las trincheras, defendidas por mujeres, mutilados y viejos, y prenden fuego al hospital con los heridos adentro. En Acosta Ñú, resisten la ofensiva batallones de niños disfrazados con barbas de lana o hierba.
Y sigue la carnicería. Quien no muere de bala, muere de peste. Y cada muerto duele. Cada muerto parece el último, pero es el primero.

1870
Cerro Corá

Solano López

Esta es una caravana de muertos que respiran. Los últimos soldados del Paraguay peregrinan tras los pasos del mariscal Francisco Solano López. No se ven botas ni correajes, porque se los han comido, pero tampoco llagas ni harapos: son de barro y hueso los soldados que deambulan por los bosques, máscaras de barro, corazas de barro, carne de alfarería que el sol ha cocinado con el barro de los pantanos y el polvo rojo de los desiertos.



El mariscal López no se rinde. Alucinado, la espada en alto, encabeza esta última marcha hacia ninguna parte. Descubre conspiraciones, o las delira, y por delito de traición o de flaqueza manda matar a su hermano y a todos sus cuñados y también al obispo y a un ministro y a un general... A falta de pólvora, las ejecuciones se cumplen a lanza. Muchos caen por sentencia de López, y muchos más por extenuación, y en el camino quedan. La tierra recupera lo que es suyo y los huesos dan el rastro al perseguidor.
Las inmensas huestes enemigas cierran el cerco en Cerro Corá. Derriban a López a orillas del río Aquidabán y lo hieren a lanza y lo matan a espada. Y de un tiro lo rematan, porque ruge todavía.

1870
Cerro Corá

Elisa Lynch

Rodeada por los vencedores, Elisa cava con sus uñas una fosa para Solano López.
Ya no suenan los clarines, ni silban las balas, ni estallan las granadas. Las moscas acribillan la cara del mariscal y le acometen el cuerpo abierto, pero Elisa no ve más que niebla roja. Mientras abre la tierra a manotazos, ella insulta a este maldito día; y se demora el sol en el horizonte porque el día no se atreve a retirarse antes de que ella termine de maldecirlo.
Esta irlandesa de pelo dorado, que ha peleado al mando de columnas de mujeres armadas de azadas y palos, ha sido la más implacable consejera de López. Anoche, al cabo de dieciséis años y cuatro hijos, él le dijo por primera vez que la quería.